

# Homenaje a Joan Josep Pujadas o «El jardín de los senderos que se bifurcan»

*Gaspar Maza Gutiérrez*

Universidad Rovira i Virgili

En primer lugar, quiero expresar mi respeto por la figura de Jorge Luis Borges, autor del maravilloso cuento que ahora invoco y que lleva por título «El jardín de los senderos que se bifurcan», recogido en su libro *Ficciones* (1944). Espero que sepa comprender y perdonar mi osadía.

Confieso que la metáfora de este cuento ha sido la que más resonaba en mi mente para expresar lo que quiero decir en este homenaje a Joan Josep Pujadas. También la he querido utilizar porque, cuando fui alumno del maestro homenajeado, este siempre nos alentó a participar de esa extraterritorialidad, como dijo el crítico literario George Steiner, que es la buena literatura.

## Sobre caminos y senderos

Tras estos pasos introductorios, me gustaría destacar en nuestra relación tres tipos de senderos, que considero que siempre han sido muy creativos, con el fondo común de la acción y la teoría de la antropología urbana, y el espacio público, sobre los que trataré de sacar algunas conclusiones. En concreto, quiero diferenciar:

- a) Caminos y senderos comunes.
- b) Caminos y senderos que empezaron juntos, pero que acabaron bifurcándose.
- c) Caminos y senderos que he recorrido por mi cuenta.

Al final, con este repaso de mi propio currículum y del maestro, lo que me gustaría es poner en valor tanto los caminos que hemos recorrido juntos como los discordantes, es decir, explorar mi evolución o involución en el campo de la antropología urbana partiendo de los pasos más clásicos (Juanjo Pujadas, tutor de mi tesis doctoral) hasta los más contemporáneos (Gary McDonogh, director de la misma).

Los caminos y senderos que señalo son, por otro lado, sendas morales e intelectuales que he seguido a cierta distancia respecto a ambos polos: Juanjo, por un lado, aquí en Tarragona, y Gary McDonogh, por el otro, en los Estados Unidos (quien, a pesar de su lejanía, siempre nos ha presentado nuevas visiones de la ciudad). Esta equidistancia ha tenido múltiples repercusiones: aunque con momentos y épocas en común, nosotros aquí en la Universidad Rovira i Virgili y Gary en el Bryn Mawr College de Pensilvania vivimos la antropología académica y la profesional de forma diferente.

No obstante, en primer lugar, quiero presentar mis respetos a estos dos colegas tan importantes e insistir en la reivindicación de unos caminos que han permanecido equidistantes en mi vida tanto personal como profesional. Así, de Juanjo recibí las primeras clases sobre la construcción del espacio público y de Gary McDonogh, el respeto hacia la cronotopía por influencia de Mijaíl Bajtín. De la mano de ambos, he podido transitar de los estudios e investigaciones sobre las clases más bajas (Raval de Barcelona) y medias de Barcelona a barrios de Tarragona, pasando por los barrios chinos del mundo hasta llegar a investigaciones sobre movilidad.

En medio de todos estos senderos, nos hemos encontrado los tres (Juanjo, Gary y yo mismo) con la epidemia de COVID-19, que ha acabado liándolo todo en un «sálvese quien pueda», y con la aparición de un nuevo espacio público muy valorado, a saber: los grandes espacios abiertos llamados *outdoors*, así como los innumerables espacios creados para ampliar las terrazas de los restaurantes y limitar los aparcamientos de coches.

Por otra parte, cuando se me propuso escribir este artículo de homenaje a Juanjo, pensé que no podía dejar pasar la oportunidad para comentar uno de sus más firmes valores: la acérrima defensa del método biográfico que planteó en uno de sus memorables libros, que también abordaré. Aún hoy, esta obra constituye toda una declaración moral sobre las posibilidades que brinda el trabajo de campo clásico, tan cuestionado por el desarrollo preventivo de la pandemia.

He de confesar también que los homenajes siempre me han parecido algo así como un funeral de Estado, un acto aburrido, solemne e interesante solo para unos pocos. Sin embargo, escribir esta larga reflexión me ha hecho repensar su utilidad; este esfuerzo me ha permitido, por un lado, explicarme a mí mismo mi relación con Juanjo y mi evolución tanto académica como extraacadémica en el campo de la

antropología urbana. Por otro, el homenaje supone una oportunidad para recapacitar con el interesado sobre los caminos y senderos emprendidos, y sobre los motivos por los que a veces se han mantenido convergentes y otras veces no.

En este sentido, actualmente mi posición dentro de la burocracia antropológica es la del «estar» más que la del «ser», en la medida en que «estoy» de coordinador del grado de Antropología y Evolución Humana de las universidades Rovira i Virgili y Oberta de Catalunya desde el curso 2019/20. La difícil transición de los estudios de segundo ciclo al grado, en la que debíamos captar alumnas y alumnos de secundaria, fue algo que Juanjo ya señaló en el año 2000. Así es como se dio comienzo a la enseñanza virtual en el contexto de la Universidad Rovira i Virgili (URV), algo que reconozco como muy oportuno y lo cual supuso la salvación de los estudios de Antropología en los años noventa y la primera década del siglo XXI.

Hay que ser justos y pensar que las nuevas tecnologías y la pandemia también están aquí para hacernos sentir nuestra propia extrañeza dentro de un mundo que cambia muy rápido. Así, aunque estas nuevas tecnologías nos hacen sentir preparados, finalmente también nos hacen más dependientes, ineptos, extraños y distantes. ¿Apocalípticos o integrados? He ahí el dilema, incluso para el propio Umberto Eco.

En todo caso, el propósito de estas páginas es celebrar la jubilación de Juanjo y seguir razonando, y no criticar nuestra profesión o nuestros propios pasos. Retomo entonces el inicio de este escrito con una breve explicación sobre los caminos que nos ha tocado recorrer y vivir juntos, la cual trataré de concluir con algunas reflexiones, algo más preocupantes, sobre el futuro de la antropología, especialmente la urbana.

### **a) Caminos y senderos comunes**

Me refiero, evidentemente, a los senderos más académicos. Tengo que confesar que, en estos vericuetos, siempre he contado con el apoyo de Juanjo. Primero cuando era solo alumno de doctorado y más tarde con mi entrada a la URV, tras una llamada suya cuando estaba haciendo un trabajo de campo en Londres que más tarde titulé *Barcelona man*. También Juanjo resultó un pilar fundamental para la consecución de mi plaza actual de agregado (primero de lector) y así lo reconozco ahora de manera pública y por escrito.

Otros senderos recorridos en igualdad de condiciones han sido nuestras relaciones con geógrafos como Santiago Roquer o Jaume Alberich (actual compañero en el máster de Antropología Urbana, Migraciones e Intervención Social). Con ambos hemos llevado a cabo investigaciones sobre la movilidad y la vida cotidiana en Tarragona y Cataluña.

Además, con Juanjo he compartido clases en diferentes másteres como el de Geografía de la URV (clases que aún recuerdo sobre la controvertida participación

ciudadana) o el de la escuela de diseño Elisava en Barcelona, con acaloradas discusiones sobre el llamado modelo Barcelona.

También siguieron los mismos derroteros las investigaciones conjuntas que emprendimos sobre algunos barrios de Tarragona, como el de Sant Salvador, la participación en la ciudad de Tarragona o la diagnosis sobre el barrio antiguo de Valls. Todos estos caminos han sido bien evidentes y reconocibles en diferentes trabajos académicos que hemos publicado juntos.

Sin embargo, como decía al principio, quiero aprovechar también esta oportunidad para resaltar dos de los trabajos de Juanjo, para mí los más importantes (*Los barrios de Tarragona. Una aproximación antropológica* y *El método biográfico: El uso de las historias de vida en ciencias sociales*), y hablar de otros senderos.

### **b) Caminos y senderos que empezaron juntos, pero que acabaron bifurcándose**

El barrio es el sendero que mejor identifiqué en nuestra trayectoria en común: un camino que empezamos juntos y en el que, por diversas razones, tomamos una bifurcación diferente.

En este sentido, *Los barrios de Tarragona. Una aproximación antropológica* (1987), escrito por Juanjo junto con Federico Bardají, fue un libro muy determinante para mí. Estaba entonces en mi época predoctoral, en la que seguía los pasos del maestro o bien recurría a esta obra de manera sistemática cuando tenía dudas sobre el barrio del Raval de Barcelona, que investigaba por entonces.

Posteriormente, en mi época académica, nuestra visión sobre el papel de los barrios empezó a cambiar. En primer lugar, debido a la percepción sobre los barrios de Tarragona que confirmaron algunos alumnos y alumnas —quienes, a diferencia de mí, sí vivían en Tarragona y su área— con sus trabajos sobre rivalidades entre barrios y entre ciudades próximas, por ejemplo, *Tarragona mancha/Reus enganxa* y similares, en los que se relataban las diferencias entre El Serrallo y la ciudad de Tarragona o entre poblaciones tan cercanas como La Aldea y La Aldea Estación, Montblanc, etc.

Más tarde, nuestras diferencias metodológicas se basaron en trabajos en torno a la deriva urbana, en concreto, los que emprendimos en el perímetro de la ciudad de Tarragona —*Perímetro urbano* (2018)— o los que se llevaron a cabo con motivo de la elaboración de la guía *Propera trobada* (2010-2015). En mi opinión, esta es un buen ejemplo de una guía urbana para estudiantes, con información poco académica, pero muy útil para salir de la ciudad y encontrar los bares con la cerveza más barata o los lugares con encanto debido a su situación geográfica o a su propietario o a la persona que está detrás de la barra (como una peluquería o como el bar de bocadillos de Joan). Así, los barrios reflejados estaban ya en otras latitudes y podían tener también otros

sentidos. Hoy, cada vez que se inicia el Máster en Antropología Urbana y Trabajo Social, aún sigo animando a mis estudiantes a contemplar a los tarraconenses con esa mirada de sorpresa y distancia con que Kate Fox observaba a los londinenses en su famoso *Watching the English*.

Con todo, las grandes diferencias entre continente y contenido en el tema de los barrios se dieron en el análisis del espacio público en general, es decir, entre los barrios y las ciudades que los contenían, las cuales confirmé en mi relación con los arquitectos que conocí en Reus y el alumnado de la URV que vivía en aquella ciudad. En efecto, ellas y ellos me hablaron de la tensión que sentían hacia la ciudad imperial de Tarragona y aquello tan contradictorio que les generaba, en particular, pertenecer a la URV, una universidad que podía haber alojado Reus o cualquier otra ciudad y a la que llamaban Universidad Rumia y Vigila o Universitat de les Rodalies i Voreres de Reus («universidad de las cercanías y aceras de Reus»), ya que les costaba reconocerla como la universidad pública de la provincia de Tarragona.

Poco a poco, pues, se me confirmó que, en su conjunto, el Camp de Tarragona es algo más que sus barrios y que Tarragona en general es como una gran «nuerlandia» que sobrepasa los propios dilemas que la ciudad mantiene con sus barrios en la zona de Poniente. Como tal, Tarragona es una ciudad rica en diferencias, pero también así su Camp, un espacio de ciudades y pueblos lleno tanto de tensiones como de extraños hermanamientos con otros municipios más alejados...

Para mí, todo este crisol de microdiferencias cristalizó después de trabajar con Juanjo sobre la situación en el «triángulo de las Bermudas de la identidad urbana»: el área que se forma entre Reus, Tarragona y Valls. Entonces me apercibí de que algo estaba cambiando en nuestros imaginarios urbanos, hasta ese momento muy benevolentes y proclives a explicar la vida de los barrios.

Hasta llegar al presente, en el que, en mi modesta opinión, es más notable la pérdida de una de las grandes referencias de lo urbano, como hasta la fecha han sido los barrios, y la progresiva transformación a una vida de automatismos y comportamientos «zombis» (Idensitat, 2018, Espai Zombi). Así, el barrio continúa siendo un referente, pero cada vez con menos peso.

Dentro de esta trayectoria de caminos que empezaron en paralelo, pero que poco a poco se bifurcaron, hubo otros tiempos de paréntesis, como la investigación que efectué en el año 2012 sobre las topologías urbanas, encabezada por Marta Llorente y Teresa Tapada. Aumentaron entonces mis dudas a propósito de las referencias teóricas de lo que se entendía por barrio (A. Gravano) o, más bien, a propósito del peso que se le atribuía a lo que Gravano denominaba «comunidad barrial» o incluso lo que los antropólogos habían escrito sobre la ciudad y sus barrios en los años ochenta y noventa (Setha Low y Gary MacDonogh, entre otros). Todo esto lo resumió muy

bien la colega Teresa Tapada. Por otro lado, Marta Llorente, desde la arquitectura, continuó su empecinamiento sobre un concepto interesante, pero poco explicativo, de las realidades urbanas como es la topología urbana, que sí sirve para explicar la evolución de la forma urbana, pero poco más.

No obstante, gracias a esta experiencia, comprendí también la importancia de otros conceptos para autoexplicarme lo que se nos pide a los antropólogos que hagamos en los barrios: nociones más concretas que me rondaban por la cabeza, pero que se consolidaron entonces y me resultaron muy útiles posteriormente, como los términos *topofilia*, heredado del geógrafo Yi-Fu Tuan, y *topofobia*, así como algunas de las repercusiones prácticas de las mismas.

Después de recorrer todos estos caminos, seguimos preguntándonos sobre quiénes son los vecinos y vecinas del territorio llamado *barrio*. Finalmente, nos decepcionamos y nos sentimos reemplazados cuando vemos que el concepto de barrio y su identidad se puede definir con un programa informático, un algoritmo entrenado por San Google, que incluso se acerca a lo que piensan las personas que viven allí.

Si analizamos el barrio desde la perspectiva espacial, ¿qué es lo que pasa? Henri Lefebvre (1974) ha sido siempre un autor muy estimado por Juanjo, así como por un servidor; en su libro *La producción del espacio*, nos habló de la trilogía espacial (espacio urbano construido, percibido/vivido y simbólico), si bien aún no había aparecido la dimensión más tecnológica del mismo: el espacio virtual, que hoy parece colmar todas nuestras expectativas.

Por otro lado, tengo que señalar el papel que desempeñó en nuestro distanciamiento teórico y práctico sobre el barrio alguna conferencia, como la que ofrecí a los geógrafos de la Universidad de Barcelona (Espais Crítics, Pati Manning), en la que empecé a poner en duda de forma pública este artilugio mental llamado barrio (como diría Josep Maria Gallart), que todos necesitamos en última instancia y que Juanjo nos mostró en su libro *Los barrios de Tarragona*. De aquellas fechas, recuerdo como un filósofo de la talla de Julián Marías decía que estimaba la ciudad de Madrid no cuando estaba o vivía allí, o cuando estaba fuera o lejos de Madrid, sino cuando volvía a Madrid. Parece que la cercanía acaba matando la pasión.

Igualmente, en las experiencias que tuve en Idensitat y en trabajos como *I love La Mina*, aprendí a hacer de «gentrificador positivo», como señaló Neil Smith en su libro *La nueva frontera urbana*. Asimismo, otras acciones en Tultitlán (México), la plaza de la Cebada en Madrid, Arbúcies (2012) o bien en los últimos tiempos el caso de Horts de Sant Pau en el Raval de Barcelona (2018-2020), me confirmaron la evolución de una aptitud personal. Investigar los barrios e intervenir en ellos puede ser un tanto contradictorio, pero hay que reconocer que una cosa es teorizar sobre el espacio

construido, vivido/percibido y simbólico, y otra bien distinta, actuar para cambiar o intentar mejorar la vida de un determinado espacio o para influir en su vida social.

En otro artículo sobre el papel de los locales (Maza, 2013), me planteé quiénes eran estas gentes autóctonas y cómo podríamos tenerlas en cuenta. Siempre había pensado a los visitantes como su contraparte, hasta que me di cuenta de que todos los que vivimos en este mundo no somos ni una cosa ni la otra: ni locales, ni visitantes. La propia Barceloneta, en la que llevaba viviendo más de veinte años, se había convertido en mi *hub* aeroportuario, mi referencia, pero para nada me identificaba con ella, a pesar de tener allí mi residencia. Era o me sentía a la vez tan visitante como local.

En las últimas diagnosis, me ha tocado analizar ya la realidad virtual más de cerca, es decir, desarrollar el conocimiento sobre este nuevo espacio público que es lo virtual (evidentemente no tenido en cuenta por Lefebvre). Un espacio que podemos observar ya solo a través del ordenador.

Tras todo esto, me pregunto: ¿existen aún los barrios? He de reconocer que el barrio sigue siendo una estructura urbana que nos permite situarnos y arraigar en un territorio, una especie de marca. No obstante, cada vez menos los barrios son la referencia de identidad que se le había adjudicado en la antropología. Así, podemos preguntarnos: ¿quiénes defienden hoy esa identidad? ¿El tradicional club de fútbol local, la iglesia (católica), la asociación de vecinos y vecinas...? Veremos entonces que nadie asume por completo esa defensa.

Nos hallamos ante una crisis del capital social tradicional, de la identidad de lo más cercano, en la que se van perdiendo los referentes a los que mal que bien nos habíamos acostumbrado y posiblemente van apareciendo otros, de los que desconocemos su potencial, llámense Facebook, Instagram, Twitter...

A la vez que los barrios y la ciudad tradicionales, también se van borrando y van apareciendo otras grandes manchas que los sustituyen en el territorio, como es la enorme «ciudad difusa» de la costa: el continuo de edificaciones que se extiende, por ejemplo, desde Sitges hasta Alcanar o el delta del Ebro. Grandes ciudades difusas que encierran territorios como el que hoy llamamos Costa Dorada, un lugar donde las nuevas vecindades se han hecho más duraderas a causa de la pandemia de COVID-19. Por tanto, su estudio e investigación requiere de conocimientos complementarios, incluidos los de movilidad, para comprender todos estos movimientos.

En resumen, creo que el camino del sendero bifurcado empezó cuando me decidí a seguir *Los barrios de Tarragona*; sin embargo, va cerrándose a medida que la investigación sobre los barrios se vuelve cada vez más efímera y los barrios (los y las vecinas) tradicionales van poco a poco a poco desapareciendo, afirmándose así el fenómeno de la disolución de la comunidad barrial.



Esto puede conducirnos a hablar de una nueva crisis de la antropología urbana clásica, ¿o quizá no?, por cuanto vemos que las ciudades responden cada vez menos a la organización por barrios o que el barrio en general es sustituido progresivamente por el cable de internet que cuelga de las ventanas del vecindario.

Acaso sea este el barrio al que todos hemos ido a parar intentando comprender nuestra barriada más próxima. Creo, en efecto, que los cables que cuelgan de la fachada de los edificios en Barcelona y otras ciudades, como Tarragona, son una buena metáfora de lo que quiero transmitir: ya no vivimos en el barrio; posiblemente, vivimos fuera de él y nos escapamos de él mediante esos cables... Si esto es así, debemos preguntarnos: entonces, ¿dónde están hoy las identidades de las ciudades? ¿Son «en sí» o están fuera «de sí»?

Por último, quiero relatar otro camino que también empezó en paralelo, pero que la pandemia de COVID-19 acabó conduciendo a una encrucijada. Me refiero al otro gran libro de Joan Josep Pujadas: *El método biográfico: El uso de las historias de vida en ciencias sociales*. En estos momentos pandémicos, se hace más necesario que nunca recordar este camino, o incluso volverlo a andar, dado que en él se apuntan las líneas que enmarcan el trabajo del antropólogo urbano a diferencia del sociólogo, pedagogo o cualquier otro tipo de investigación humanística que reclame algunos de los principios que se apuntan.

Los retos que este libro nos plantea hoy son: ¿qué investigador social ha practicado durante estos años de pandemia (2019-2021) una antropología clásica como la que propone Juanjo en su obra?, ¿acaso alguien ha podido seguir alguno de los principios señalados?

Ante la gran histeria por tener publicaciones indexadas o en formato virtual, nos reconforta su relectura. Es evidente que el trabajo de campo, el método biográfico, ha de quedar congelado ante las exigencias sanitarias del momento. Pero, por otro lado, me pregunto: ¿cómo es posible que se llame antropología-etnografía (en versión trabajo de campo) a todo lo publicado en estos tiempos pandémicos, es decir, del 2019 al 2021? Yo, en este lapso, he hecho investigaciones, pero sinceramente no considero que haya hecho trabajo de campo. Solo he recibido estímulos para no realizarlo.

En todo caso, pasemos ahora a hablar de los caminos independientes.

### c) Caminos y senderos que he recorrido por mi cuenta

El deporte, en primer lugar, y el turismo, en segundo, son los dos campos por los que he andado más libremente y los que más frecuento en estos últimos tiempos.

El deporte era la cultura más popular entre los jóvenes con los que empecé a trabajar. Muchos de ellos son hijos de inmigrantes extranjeros. Así se juntaron el deporte, la inmigración y la cultura.



De esta manera, el deporte se fue consolidando como tema específico en mi trayectoria. En la actualidad, mis trabajos sobre deporte en los barrios se presentan como estudios de gentrificación positiva, es decir, especialmente de topofilias (véase *Jardins dels Horts de Sant Pau 2018-2021*, Acupuntura urbana 1 y 2).

Este ámbito también me llevó a la academia. Mi paso por la URL-CAFÉ fue otro momento de equidistancia entre ambos. El reclamo de la Universidad del Deporte era ineludible para mí y mis investigaciones en el campo, por lo que asumí como nuevo reto personal enseñar a los futuros profesores de educación física lo que yo había aprendido en las plazas de un barrio excluido.

Otros trabajos independientes de la influencia de Juanjo fueron los dedicados al turista y a la clase turista que a veces tiene algo de deportista, así como de subclase social, como los *hooligans* de Palma de Mallorca o de Magaluf.

La cuestión del turismo, por otro lado, marcó mi vuelta a la etnografía en Tarra-gona y Cataluña después de un periplo por Mallorca y Venecia. Sin embargo, en lugar de regresar a la ciudad y sus barrios, volví a investigar la ciudad extensa y difusa de su litoral (véase Maza y Sardà, 2021). No obstante, continué fijándome en la exclusión social —posiblemente, herencia urbana— y en como los excluidos «locales» hacían de camareros de los excluidos «visitantes».

## Conclusiones

Tanto el turista como el deportista y su observación, y los barrios anteriormente, me han ayudado a comprender mejor la cuestión del espacio público, que en mi opinión es la clave detrás de todos nuestros caminos, tanto los convergentes como los divergentes.

Entre otras conclusiones personales sobre el espacio y sobre el público, pienso que es un error hablar de «espacio público en general» y que, en la práctica, sería mejor diferenciar el espacio de las personas, o sea, del público. Asimismo, creo que no es del todo apropiada la dicotomía entre «lugares» y «no lugares» ¿o es que acaso, y empujados por el público, no puede haber un cambio o evolución de un estado a otro? Por tanto, es esta una clasificación útil, pero en todo caso provisional y pasajera, sobre la que podemos influir. Los análisis más contemporáneos que he emprendido en este sentido me dicen que actualmente tenemos espacios de enorme éxito, como el *outdoors*, y otros fracasados, como los que llamamos «zombis» (Idensitat, 2018). Lo que me gustaría entender en este nuevo periplo, pues, es cómo se pasa de una situación a otra.

Después de repasar nuestros vínculos y diferencias, ¿qué nos queda por discutir en la antropología urbana, si finalmente llegamos a la conclusión de que «los barrios ya no existen» y de que una cosa es el espacio y otra bien diferente, el público, y si tampoco podemos relacionarnos ya con la otredad en la forma tradicional por motivos

pandémicos...? ¿Nos queda algo más por hacer que no sea especular sobre nuestra propia idea de lo que es la antropología urbana o lo que debe ser en el futuro? ¿Aún hay algo sobre lo que seguir reflexionando culturalmente?

Es posible que la antropología urbana tienda a convertirse en un gran espacio virtual, el gran «no lugar», hasta que nos cansemos de él, de las nuevas tecnologías y de ese «gran no lugar tecnológico» que se llama Facebook, Instagram, Twitter...

Cuando nos recuperemos de la crisis sanitaria actual y veamos mejor en qué estado nos encontramos, ¿vendrá acaso otra nueva etapa que lo ocultará todo? ¿Podremos algún día volver a hacer trabajo de campo clásico o ha pasado ya su tiempo? Se acumulan así muchas preguntas, que traslado a nuestro maestro, que hoy se jubila: ¿Estamos ante un cruce de caminos que no es sino una encrucijada de la disciplina, además de una personal, es decir, un dilema entre el ser o no ser, estar o no estar?

Mi pregunta final, sin embargo, es esta: ¿Cómo se superó la crisis de identidad de la disciplina en los años ochenta y noventa? A los que recordamos aquellos debates, nos suena aquello de «con una antropología más reflexiva». Por este motivo, ¿no deberíamos estar pensando ya en cómo superar la actual crisis de la antropología urbana?

El sendero se está volviendo cada vez más estrecho y parece que nadie sabe bien por dónde tirar. En esta encrucijada, todos de momento parecen ponerse a salvo a modo de francotirador. La antropología misma ha terminado siendo una gran ciencia del camuflaje, una ciencia camaleónica, del tacticismo, que está mudando la piel y tal vez no quiere reconocerlo. Si la palabra *cultura* nos ha sido arrebatada por los críticos culturales, como antes fueron las voces *ciudad*, *urbe*, *urbanismo* o *espacio* a manos de los arquitectos, urbanistas, sociólogos urbanos o politólogos, puede que en el futuro solo nos quede seguir discutiendo sobre modelos o sus ruinas.

Tal vez, aunque no queramos darnos cuenta, al final tan solo existimos ya en las mentes calenturientas de los demás, como una simple suposición, como una ciencia de todo y de nada. Con todo, espero aún obtener alguna respuesta, si es que la hay.

Mientras tanto, gracias, sinceramente, Juanjo.

## Bibliografía

- AUGÉ, M. (1993). *Los no lugares*. Gedisa.
- BLANCHOT, M. (2002). *La comunidad inconfesable*. Madrid. Arena Libros.
- BORGES, J.L. (1944). *Ficciones*. Alianza.
- CANYELLES, T. y VIVES, G. (2020). *Magaluf, més enllà del mite*. Leonard Muntaner.
- FERRÉ, A., MAZA, G., SOLÀ-MORALES, P. y SARDÀ, J. (2018, septiembre 13-14). *El discurso del barrio* [presentación en conferencia]. II Congreso Internacional ISUF-H, Zaragoza, España.
- FOX, K. (2004). *Watching the English. The hidden Rules of English Behaviour*. Hodder.
- IDENSITAT. (2018, abril 21). «Espacios zombi | Valencia sur. Explorar lugares - crear narrativas». <<https://www.idensitat.net/es/espacios-zombi/1379-espacios-zombi-explorar-espacios-crear-narrativas>>
- LEFEBVRE, H. (2013). *La producción del espacio*. Capitán Swing.
- LLORENTE, M. (2014). *Topología del espacio urbano. Palabras, imágenes y experiencias que definen la ciudad*. Abada.
- LOW, S. (ed.). (1999). *Theorizing the City. The New Urban Anthropology Reader*. Rutgers University Press.
- MAZA, G. (2000). *Producción, reproducción y cambios en la marginación urbana. La juventud del barrio del Raval 1989-1998* [tesis doctoral inédita]. Universidad Rovira i Virgili.
- MAZA, G., McDONOGH, G. y PUJADAS, J.J. (2002). «Barcelona, ciutat oberta: transformacions urbanes, participació urbana y cultures de control al barri del Raval». En *Revista d'etnologia de Catalunya*, 21, 114-131.
- MAZA, G. (2013). Locals. En *Roullote*, 11, 44-45.
- MAZA, G. y PARRAMÓN, R. (2014). «Las identidades del “ser” y del “estar” en contextos de barrios. Entre la experiencia local y las prácticas artísticas». En GRUPO DE INVESTIGACIÓN ARTE, ARQUITECTURA Y COMUNICACIÓN EN LA CIUDAD CONTEMPORÁNEA (ed.), *Actas preliminares de las VI Jornadas Arte y Ciudad (III Encuentros Internacionales): vol. 1* (pp.54-57). Universidad Complutense de Madrid.
- MAZA, G., PARRAMÓN, R., LÓPEZ, A., FARRÉ, A. JOSU (2021). *Proyecto Jardins dels Horts de Sant Pau*.
- MAZA, G. y SARDÀ, J. (2021). «Biòpsia, «aixecament» etnográfico-arquitectónico-turístico de la Costa Dorada después del coronavirus. Una aproximación al turismo en la desglobalización». En *Arxiu d'Etnografia de Catalunya*, 23, 295-304.
- McDONOGH, G. (1986). *Las buenas familias de Barcelona. Historia social de poder en la era industrial*. Omega.
- McDONOGH, G. y WONG, C. (2005). *Global Hong Kong*. Routledge.

- MCDONOGH, G. (2009). *Iberian Worlds*. Routledge.
- MCDONOGH, G. y PETERSON, M. (eds.). (2012). *Global Downtowns*. University of Pennsylvania Press.
- NANCY, J.L. (2001). *La comunidad desobrada*. Arena Libros.
- PUJADAS, J.J. y BARDAJÍ, F. (1987). *Los barrios de Tarragona. Una aproximación antropológica*. Ajuntament de Tarragona.
- PUJADAS, J.J. (1992). *El método biográfico: El uso de las historias de vida en ciencias sociales*. Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS).
- PUJADAS, J.J. y MAZA, G. (2012). *Participación en Tarragona*. Ajuntament de Tarragona.
- SMITH, N. (1996). *The new urban frontier. Gentrification and the revanchist city*. Routledge.
- SOJA, E. (2012). *Postmetrópolis. Estudios críticos sobre las ciudades y las regiones*. Traficantes de Sueños.
- STEINER, G. (2002). *Extraterritorial. Ensayos sobre literatura y la revolución lingüística*. Siruela.